

"¡Margil!" clama doliente el religioso,  
 Al dejar para siempre aquel seguro  
 Puerto de salvación abandonado,  
 El ángulo apartado  
 De dormitorio obscuro  
 Y el antro pavoroso  
 Y el insensible muro  
 Repercuten el nombre venerado.  
 Y Margil, entre tanto, glorioso  
 Reputando dichoso  
 Al que en la tierra gime en desconsuelo  
 A sus hijos bendice desde el cielo.

*Guadalupe, 1867.*

F. A. Tiscareño.



## EL COLEGIO DE GUADALUPE

### LO IDEAL.

Solo las almas libres comprenden y saben apreciar el valor de la libertad. Los esclavos se complacen en la esclavitud. El que después de haber andado errante en el bullicioso torbellino del mundo, después de haber aprendido á conocer el verdadero valor de los hombres, juzga de todo con imparcialidad, y penetrando en los diversos senderos de la vida, busca su felicidad en sí mismo, ese es libre.

El camino es en verdad sombrío, áspero y escarpado; mas cuando se ha llegado, aunque con trabajo á la cima, conduce de seguro á pacíficos asilos, á encantadoras riberas, al espacio libre y puro. La soledad nos proporciona una completa independencia cuando de buen grado hemos reconocido sus ventajas y cuando de ellas nos encariñamos. Deseo indicar el camino de esta felicidad á los jóvenes, á los hombres sencillos y honrados, á quienes deseo ser útil. No quiero que acepten la soledad arrastrados por el despecho, y si por la indiferencia á inútiles distracciones, por el alejamien-



ese enjambre de maestros insípidos y enervados. Más si el jóven no se presentase franco y dócil, si no se amoldase á las maneras sociales, le dejaría á veces chocar contra las rocas, y le vería tranquilamente caer, en ciertas ocasiones, donde un hombre de experiencia ni aún vacila, aunque él no pueda ya hacer lo que el jóven.

La libertad y el sosiego: hé aquí lo que se necesita cuando se aspira á desplegar en el retiro toda su actividad. Dejad á tal hombre solo; todas sus fuerzas se pondrán en movimiento; dadle libertad y descanso, y producirá sin comparación mucho más que si se agitasen todos los días, fatigada su alma en el centro de vuestras reuniones. Sabios que jamás piensan, que no pueden encontrar en sí idea alguna y que solo conservan la memoria, se ponen á compilar y son felices. Más para el espíritu es una satisfacción-mucho más elevada poder, en la soledad, hacer algo que contribuya al bien público. El silencio y la oscuridad calman una cabeza ardiente, reconcentran los pensamientos á un mismo punto é infunden al alma un valor que nada la detiene y que todo lo emprende. Los enemigos, por muchos que sean, no inquietan al hombre que tal alma tiene; sabe que puede conseguir su objeto cuando quiera, y lo único que desea es: que tarde ó temprano se haga justicia á todos. Ve en verdad con dolor los horrores de este mundo, honrado el vicio por la muchedumbre, reinando aún la preocupación sobre las masas, y oirá decir á veces: Esto debía ser así, y no lo es; airado entonces, con una simple plumada amilanará al malvado, y con otra aterrará al ignorante preocupado.

En el retiro es donde mejor se descubre la verdad á los grandes pensadores, á los hombres de genio. Un escritor, que es muy citado, Blair, ha dicho que una ocupación constante en las pequeñas cosas diarias de la vida, indica un alma vulgar y vana. El patriota pide á la soledad un asilo para formar en él proyectos de utilidad general; el hombre de genio, para entregarse á sus ocupaciones favoritas; el filósofo para continuar

sus descubrimientos; el santo, para progresar en la gracia.

Numa, ántes de dictar leyes á Roma y ejercer el supremo poder, habiendo perdido á su mujer, se retiró solo al campo. Pasaba sus días en los lugares más desiertos, en los bosques, en los valles, consagrados á los dioses, diciendo la voz pública que no huía de los hombres por melancolía ni por desesperación, sino porque él mismo aseguraba que tenía una noble y grata compañía; que la ninfa Egeria le amaba, se habia casado con él y le colmaba de felicidad, iluminando su espíritu y dándole lecciones de alta sabiduría. Se hablaba también entre el vulgo de druidas que, así en la cima de las montañas, como en el interior de los bosques, enseñaban á los nobles de su raza la sabiduría y elocuencia, la naturaleza íntima de las cosas, el curso de los astros, los misterios divinos y las leyes de la eternidad. Si esta tradición de los druidas, así como la historia de Numa, no son más que un cuento, demuestra sin embargo cuán noble idea se ha formado en todos tiempos de la sabiduría, que se adquiere en la calma de la soledad.

Muchas veces, sin ningún recurso extraño, sin estímulo alguno, se despierta el genio del hombre y se manifiesta por su propia fuerza en la soledad. En medio de los horrores de la guerra civil, habia en Flandes muchos pintores célebres, pero pobres. El Correggio se vió tan mal pagado por sus trabajos, que la alegría que experimentó, al recibir en Parma una suma de diez doblones, le costó la vida. El sentimiento de su propio valor recompensaba á estos artistas; pintaban para el porvenir.

Profundas meditaciones en sitios solitarios dan á veces á la inteligencia, á la imaginación, el más rápido y el más enérgico vuelo, haciendo brotar en aquella los más grandes pensamientos. En aquellos sitios tiene el alma una satisfacción más pura, más duradera, más fecunda, allí, vivir es pensar. A cada paso avanza el alma más hácia el infinito, palpita de entusiasmo en este libre goce de sí misma, y se eleva más y más en la



reflexión de grandes pensamientos y en el apego á resoluciones heroicas. En un lugar solitario, sobre una montaña de los alrededores de Pymont, se decretó uno de los acontecimientos más memorables de la historia moderna. El rey de Prusia, que habia ido á aquel sitio á tomar las aguas, se ocultaba con frecuencia á la sociedad, y se dirigia solo á esta montaña que hoy se llama Koenigsberg (Montaña del Rey); allí concibió el joven monarca el proyecto de su primera guerra de Silesia.

En la soledad, se aprende mejor que en la vida agitada del mundo lo que el tiempo vale, que el ocioso no aprecia lo bastante sin cierta actividad de espíritu. Aquel que trabaja con ardor, á fin de no llevar una vida inútil, no puede pensar sin espanto en la marcha de un reloj de segundos, imagen patente y horrible de nuestra existencia y de la carrera rápida del tiempo.

Un solo dia es un abismo insondable de hastío para la vieja mundana que languidece toda la mañana, hasta que aprende por sus ruegos y preguntas de qué manera sus amigas deben pasar el tiempo. Más ¡con qué rapidéz se deslizarían sus días si pensara en los resultados que cada minuto tiene en la eternidad!

Petrarca nos euseña la ventaja más preciosa del tiempo, y nos muestra el objeto que quisiera dar á conocer con mis reflexiones. Si queremos, dice, servir á Dios, que es el acto mayor de libertad y el mejor medio de ventura; si queremos elevar nuestra inteligencia por el estudio de las letras, que después de la religión es la más dulce alegría: si por nuestros pensamientos y por nuestros escritos queremos dejar una obra que nos dé un nombre, que detenga el curso rápido de nuestra vida y prolongue la duración de esta existencia tan fugitiva, ¡ah! huyamos, yo os lo ruego, y pasemos en la soledad el poco tiempo que hemos de vivir en este mundo.

Estas consideraciones ideológicas acerca de la Soledad nos conducen como por la mano á hablar de los monasterios, los monjes, los frailes y todos aquellos

que, huyendo del bullicio del mundo, han buscado la soledad de los claustros.

Algunos escritores afirman que el origen de los monasterios es casi tan antiguo como el de la religión cristiana, fundados en que desde los primeros siglos de la Iglesia hubo hombres y mujeres que, huyendo de los peligros del mundo y de las persecuciones de los Emperadores romanos, y especialmente de la séptima en tiempo de Decio, y por los años 249 al 251, abandonaron sus casas y haciendas, y se ocultaron en los subterráneos, y cavernas de los desiertos, pasando los dias en soledad, y haciendo una vida penitente. Pero si bien es cierto que desde los primitivos tiempos del cristianismo existieron *solitarios*, *anacoretas*, *ermitaños* ó *monjes*, igualmente lo es que no hubo verdaderos monasterios, hasta que San Antonio, hacia el año 280, hizo prosélitos y constituyó en el Egipto superior hermandades de varios individuos que habitaban celdas inmediatas, observaban un mismo método de vida y seguían unos mismos preceptos; siendo el santo su primer superior con el nombre de abad que le dleron sus compañeros.

Así como las comunidades de hombres debieron su origen positivo á San Antonio, las mujeres tuvieron por su primera fundadora á una hermana de este cenobita, que buscándole se retiró á su lado en compañía de otras mujeres vírgenes, ansiosas de dedicar su vida á la penitencia. San Pacomio, sucesor en la Abadía de San Antonio, hizo construir en las márgenes del Nilo un monasterio para aquellas piadosas doncellas, y en él se dieron á una vida austera, practicando toda clase de virtudes.

Más aunque desde el siglo III se conocieron estos monasterios, su número no fué muy crecido hasta después que Constantino dió la paz á la Iglesia. Entonces se fundaron en el Oriente innumerables y extensas casas de varones y de hembras, adoptando los primeros por regla el código de preceptos que con este objeto escribió San Basilio el Grande. Los monasterios de mugeres se rigieron por la misma regla, porque su



to de frívolos placeres, por una sabia desconfianza de preocupaciones equívocas, por el temor de llegar á ser el juguete de engañosas seducciones.

Muchos deben á la soledad su fuerza y superioridad de espíritu. Semejantes al cedro, que sobre las montañas desafía á las tempestades, han arrastrado en el retiro el soplo de las malas tentaciones. Algunos quizá habrán conservado en este último asilo las debilidades propias de la humanidad. Pero ¡cuántos han dado pruebas de una firmeza inquebrantable! Todo esfuerzo sincero y generoso para conseguir la virtud; todo cuanto tiende á elevar el espíritu; toda empresa atrevida excita en nosotros un sentimiento de admiración. Un monje á quien anima un pensamiento noble y enérgico es también un héroe; una religiosa, cuya alma, sostenida por un sentimiento ideal, consigue adquirir una tranquilidad comprada con sacrificios, excita en nosotros una emoción más profunda que cualquiera otra mujer dotada de las mejores prendas.

¡Cuántas veces he reconocido yo lo digna de estimación y benevolencia que es una religiosa sincera! ¡Cuántas veces me he sentido penetrado de un profundo respeto hácia los héroes de ésta profesión por su tierna piedad, su fé religiosa y su perseverancia en vencerse á sí mismos! ¡Cuántas me ha parecido un convento un grato asilo lleno de dulces consuelos para las aflicciones de nuestro corazón! En estos silenciosos y sombríos retiros jamás he podido menos de ver la eficacia de tal género de vida para infundir en el espíritu una verdadera virtud. Con frecuencia me ha ocurrido estrechar con verdadera simpatía la mano de un pobre monje; y jamás he salido de un convento de religiosas, sin entermecerme hasta derramar lágrimas.

Empero mis consideraciones acerca de la soledad no deben limitarse al recinto de los claustros; intento adaptar la beneficiosa idea que tengo de la soledad, al mundo en que vivo, que influye sobre mí, al par que yo pueda influir sobre él, porque hay en verdad corazones jóvenes en los que éstas reflexiones pueden dar opímos frutos.

Hay épocas en la vida en que es necesario estar solo: en la juventud, para adquirir la instrucción y los conocimientos que son de desear á fin de formarse un modo de pensar que se conserva mientras vivimos; en la vejez, para recordar el camino que se ha recorrido, para reflexionar sobre todo lo que nos ha sucedido; en las gratas flores que en nuestra ruta hemos recojido y en las borrascas que nuestro destino nos ha hecho pasar.

«Lord Bolingbroke dice que en las obras del canceller Bacon no hay pensamiento mas bello y profundo que el siguiente: Debemos desde luego prescribirnos siempre, en la vida y en nuestras acciones, un fin honesto, virtuoso y posible y aplicarnos á él con todas nuestras fuerzas, con el objeto de predisponer nuestra alma á todas las virtudes. Mas al formar nuestro caracter moral no debemos seguir los procedimientos del escultor, cuyo cincel concluye bien una cabeza al paso que deja lo restante del cuerpo en el estado de grosera é informe piedra; debemos, por el contrario, imitar á la naturaleza, la cual, en la conformación de una flor, de un animal, desarrolla á la vez y bien todas las partes de su cuerpo.»

La soledad no es solo una necesidad, sino una precisión para todos los que, efecto de una sensibilidad muy exquisita, ó de una suma impresionabilidad nerviosa, no pueden soportar la vida del mundo y tienen siempre queja de los hombres y de las cosas. El que se deja aterrar por un incidente que á cualquier otro no causaria la menor emoción, el que se crea dolores quiméricos, el que se desconsuela porque no consigue inmediatamente lo que desea, el que se atormenta sin cesar con los sueños de su imaginación, que se cree desgraciado porque no ve correr ante sí la dicha, el que ignorando él mismo lo que quiere pasa á cada momento de un deseo á otro, el que todo lo teme y de nada goza, este no ha nacido para la sociedad, y si la soledad no le cura no hay remedio para él en el mundo.

Estar solo, lejos del ruidoso torbellino social, es el primero y el más ardiente deseo del alma, cuando no halla en el teatro del mundo mas que hombres que no



comprenden la desgracia tímida y silenciosa y solamente se aperciben de aquel sufrimiento cuyos gritos resueñan en su oído.

Estar solo, en un profundo y desierto retiro es un consuelo para aquellas penas que desgarran el corazón. Cuando ha sido preciso separarse para siempre de un sér querido, dolor más horriole que el que podamos sentir cuando la mano de la muerte viene á apoderarse de nosotros, solo la soledad puede mitigar nuestra desesperación. En vuestra alma trémula creéis ver á veces hundirse la tierra bajo vuestros piés; en este momento terrible, en que es forzoso dar el último adios á los que durante largos años han sido el todo para vosotros, y que jamás olvidareis un solo instante, se necesita retirarse á la soledad, pero esforzándose en crearse en ella una ocupación, y consagrar la mente á diversos y variados pensamientos.

¡Ah! cuántos profundos dolores hay que el mundo no vé, cuyo peso solo nosotros debemos soportar, y á los que no podemos resistir mas que en la soledad.

Figuraos por un momento que llegais inquietos á un país donde todo os es extraño, donde la desgracia doquier os abruma, donde á cada instante correis el riesgo de caer en la desesperación, donde sin cesar teneis á vuestra vista la agonía de la muerte, donde nadie os comprende ni puede comprenderos, donde no encontráis en vuestro camino sino zarzas y espinas, donde por último, estáis condenados á perder lo más querido que tengais en el mundo: cuando hé aquí que de repente, en éste país de desolación, en este luto de vuestra alma, se os tiende una mano cariñosa, y que una voz que parece venir del cielo, os dice: Ven, quiero enjugar tus lágrimas, quiero infundir valor á tu espíritu abatido, quiero ser el confidente de tus penas y ayudarte á soportarlas. Quiero sacarte de tu tristeza, hacerte gustar aun las bellezas de la naturaleza y los beneficios de Dios, que derrama tambien en esta comarca sus dulces consuelos. Quiero sentir, pensar contigo, abrirte un nuevo horizonte, recojer para tí las flores que se encuentran en el camino de la vida, hablarte de cuantos te aman,

de cuantos se ocupan de tí con estimación y confianza, probarte que todos los hombres no son tan malos como tú los crees, y que algunos te lo parecen porque no te conocen. Quiero apartar de tí todos los cuidados, hacerte gozar de una existencia grata y pacífica y trabajar en corregir tus defectos. Tú tambien corregirás los míos, formarás mi corazón y me enseñarás lo que sabes. Si despues de haber saboreado durante muchos años el encanto de esta existencia que así se os ha ofrecido; si despues de haber probado tan dulce consuelo en las más terribles adversidades de la vida; si después de haber esperado que en el último momento esa mano compasiva os cerraría los ojos, os teneis que ver privados de semejante afecto, de tal desinterés, no os queda, para vencer vuestros pesares y para aprender á luchar contra el destino, otro asilo que la soledad.

En la soledad contemplamos de más cerca el ojo que todo lo vé.

Cuando cesan en nuestro rededor todos los vanos rumores, nuestro corazón comprende mucho mejor este grande y feliz pensamiento: que Dios nos mira, nos rodea, nos domina, y todo lo dirige por su poder y bondad. En el retiro, Dios se nos presenta por todas partes. Libres de la embriaguez de los sentidos, animados de más puros deseos, de una alegría mas ideal, pensamos mas seria, libremente y con mayor confianza en nuestra suprema felicidad, y nos creemos ya gozarla con solo pensar en ella. Nuestro piadoso recogimiento aleja de nosotros las ideas groseras y los cuidados serviles.

La soledad nos acerca á Dios cuando mantiene en nosotros sentimientos tiernos, humanitarios y el influjo de una saludable desconfianza de nosotros mismos. Cuando al lado del lecho de un moribundo observaba yó los esfuerzos que nuestra pobre naturaleza oponia á nuestra destrucción, los tormentos que la hace experimentar cada minuto que roba á la muerte; cuando yo veia á aquel desgraciado levantar al cielo sus manos trémulas y dirigirle, al encontrar alivio, fervientes acciones de gracias; cuando escuchaba sus palabras entrecortadas, sus lastimeros suspiros, y observaba las



tiernas miradas de cuantos le rodeaban, me sentía con fundido, abrumado, y me retiraba á un sitio apartado para lamentar la suerte de la humanidad y mi impotencia en aquel sublime momento en que tan vivos y profundos deseos abrigaba de socorrer á aquel infeliz. ¡Ah! cuando en estos tristes pensamientos del corazón me inclino ante Dios, ¡cuán bien comprendo que no debemos fiarnos, ni en la fuerza de la vida, ni en la ciencia, en la que el hombre funda una esperanza, un consuelo! Jamás me levanto de la cama sin pensar en que si aún existo es por milagro de Dios; jamás cuento los años que he pasado en el mundo sin dar gracias á la Providencia por haberme sostenido más de lo que esperaba, y de haberme conducido con una fuerza incomprendible por un mar lleno de escollos. No puedo menos de enmudecer y adorarle en silencio, cuando á cada momento conozco mi debilidad, cuando todos los días veo sucumbir á mi lado, y en la flor de la edad, á hombres que no pensaban en peligro alguno y que se creían estar á salvo por mucho tiempo de los tiros de la muerte.

¡Oh! tú, jóven amable que en el seductor y las mas veces engañoso comercio del mundo no has abdicado aun los principios de virtud; tú que aun no estás infectado con la ponzoña de la frivola ociosidad: tú que en los impulsos é imágenes de una ferviente galantería no has perdido el deseo y la fuerza de acometer grandes empresas, y que sabes huir de las grandes sociedades de las locas tentaciones del mundo: la soledad te reclama! ¡Yo quisiera retenerte en tu estu- dioso retiro, animar, fortificar tus nobles intenciones é inspirarte ese justo y noble orgullo, que en las funciones que un día tendrás que desempeñar, te impida estimar el mundo en más de lo que vale!

La razón te prescribe salir de un círculo demasiado estrecho para rodearte é inspirarte en grandes ejemplos. Aprendiendo á conocer á los verdaderos hombres de la Grecia y de Roma, adquirirás poder y fuerza para vencer todos los obstáculos.

¿Donde se encuentran ejemplos mas ilustres de

la grandeza humana? ¿Quién ha demostrado más valor guerrero, más celo por la ciencia y más clara razón? Lanza léjos de tí todo lo vano y frívolo, y no aspire sino á lo que verdaderamente merece ser buscado é imitado. La nobleza sola y la riqueza á nadie elevan. Diez y seis cuarteles ó extensas propiedades son una ventaja, pero no constituyen un mérito. Tus disposiciones son buenas, puesto que oyes y reconoces estas verdades, y sabes que el que no aprecia más que las cosas pequeñas, jamás llegará á ser grande. Deja á las mujeres contar sus antepasados, que hace setecientos años solo se distinguían yendo á la guerra á caballo, en tanto que los villanos los seguían á pié. Cuenta los hombres de tu familia que no han huido en las batallas y no han robado á los pasajeros en los caminos; recuerda á aquellos de tus antecesores que han hecho nobles acciones, cuya memoria conserva la historia nacional y cuyo nombre está escrito en las crónicas extranjeras; pero ten presente que nadie es realmente grande sino por sus actos propios y sus propias virtudes.

Gracias al escritor que con notable talento ha dicho: Si veis á un jóven de elevada inteligencia retirarse del mundo, volverse melancólico, hablar poco, demostrar por su frialdad y su reserva el desprecio que los malos le inspiran, quejarse poco de la injusticia de los hombres, reconcentrando en sí mismo las penosas amarguras que aquello le hace experimentar; si advertís que su talento despide brillantes ráfagas como el relámpago que resplandece en medio de la noche, y sumirse después en un largo silencio, si observais que todo lo encuentra árido en su alrededor y todo le inspira aversión y fastidio, ¡oh! contad de seguro que es una preciosa planta que solo espera una mano hábil para desarrollarse. Cuidadla: que sea para vosotros sagrada; cometeriais un homicidio hollándola con vuestros piés.

Tal planta constituiría mis delicias: la abrigaría contra mi corazón, la cultivaría con amor; la robaría á las miradas de los pedantes que se encolerizan al ver á un jóven que demuestra más talento que el que ellos tienen. Con un sople alejaría de mí hermosa planta todo